CAPITULO IV.

UN POCO HORRIPILANTE; PERO POR DESGRACIA VEROSIMIL.

CUANDO la jóven acabó de enterarse de lo terrible de su situacion, no fueron bastantes ni las amenazas, ni la fuerza de los bandidos para calmar su desesperacion; y muy pronto fué sujetada de nuevo á la mula, ya no con ligaduras que solo la seguridad exigiera, sino de una manera brutal y como por vía de tormento y de castigo.

Los gritos de la jóven fueron ahogados repentinamente con una mordaza.

En seguida los dos bandidos montaron á caballo, no para continuar su camino, sino para emprender una formal disputa sobre quien de los dos debia quedarse con aquella prenda.

La disputa iba tomando un carácter alarmante, pues ninguno queria ceder los derechos que creia haber adquirido, ni aceptaban tampoco el partido de seguir siendo simples guardianes: los dos se disputaban la presa como dos perros hambrientos, y los malos instintos y la idea del crímen del uno reflejándose en el corazon del otro bandido, habian engendrado ya uno de esos deseos brutales que solo la muerte podia sofocar.

Aquellos dos hombres colocados en el desfiladero de un monte, medio ocultos por la sombra de los árboles y heridos en parte por los rojos y oblicuos rayos del sol que se ponia, tenian el mismo aspecto que dos lobos que se disputaran en el desierto el cuerpo de una cierva herida.

Los dos bandidos habian empuñado ya sus espadas y se habian separado á alguna distancia de la mula.

La pobre jóven, á quien ya faltaban las fuerzas para resistir, no solo el tormento de sus ligaduras, sino la horrible idea de lo que iba á sucederle, estaba á punto de desmayarse de nuevo.

Como el terreno era lo menos á propósito para una lucha á caballo, pues estaban sobre una pendiente pedregosa, los dos contendientes movian sus caballos procurando mejorar su posicion, y unas veces devorándose con miradas de rabia, y otras lanzándose horribles imprecaciones,

se amenazaban incesantemente, excitando sus cabalgaduras, que en sus continuos movimientos sacaban chispas de los pedernales que pisaban, y piafaban impacientes como si ellas tambien estuvieran deseando el fin de aquella escena.

El sol iba ocultándose, y la noche vendria, como viene en algunas profundidades, casi sin crepúsculo.

Esta proximidad de las tinieblas imprimia á aquella escena mas terror que si hubiera empezado en plena noche; pues no sabemos que habia de siniestro en el acabamiento de la luz, en la difusion de las sombras y en el vuelo de algunas de esas aves salvajes que van á guarecerse con una triste precipitacion y como aprovechando los últimos instantes de luz.

Ninguno de los dos bandidos osaba ser el primero en el ataque; pues el terreno era mas propio para la defensa que para el asalto, y del primer golpe dependia, indudablemente, el éxito del combate.

El sol despedia ya solo algunos rojos resplandores sobre la copa de algunos árboles, y cada matorral, ennegreciéndose, juntaba su silueta con otra, como para ir fundiendo un fondo pavoroso; y los *tecolotes* de que estaba poblado aquel monte, abrian ya su sesion nocturna, saludándose con esas dos notas melancólicamente aflautadas y que suelen inspirar una tristeza tan profunda en las comarcas solitarias.

Por lo demas, la naturaleza se adormecia lentamente con esa calma magestuosa de las soledades, con esa gra-

vedad austera con que á veces se entrega al reposo de una noche que viene avanzando con la inexorable lentitud del cuadrante eterno.

Un momento mas, y aquellos dos lobos humanos no se verian uno á otro sino por el brillo fosforescente de su ojos y por las chispas de los cascos de sus caballos; un momento mas, y aquella jóven se hundiria tambien en las profundidades misteriosas de un síncope.

Pero á esta sazon y de una manera inusitada, un acontecimiento extraño vino á cambiar la faz de aquella escena.

Dos fuertes detonaciones prolongaron sus ecos en las concavidades de aquellas barrancas, como si un rayo acabara de caer entre los dos bandidos; y un relámpago amarillento alumbró instantáneamente aquel espacio; en seguida se oyeron gritos, y gran tropel de caballos que se precipitaban en medio de aquellas sinuosidades.

Los dos bandidos, olvidándose de su disputa en vista de un nuevo y comun peligro, prendieron las espuelas á sus caballos y se lanzaron por la vereda, sin cuidarse del ronzal de la mula, la que á la detonacion de los dos tiros y al movimiento intempestivo de los caballos, se espantó y se lanzó á su vez sobre los matorrales con impetuosa precipitacion; los primeros varejones que azotaron á la mula y las dificultades y tropiezos que la estorbaron el paso, exacerbaron al animal, en general sufrido, y recobrando sus instintos salvajes en medio de aquella naturaleza agreste y de aquella penumbra desesperante, se lanzó la mula saltando precipicios, ágil y ligera como una gamuza;

y como si no llevara sobre su lomo la preciosa carga, atravezaba breñales, recorría planicies, lanzaba con los cascos piedras del camino que rodaban por las barrancas con estrépito. Bien pronto los raros ruidos que la mula producia en su carrera le infundieron nuevo terror y nuevo brio, y cada vez mas ligera y como si ya no fueran obstáculos en su carrera ni las malezas, ni las raices, ni las piedras del monte, corria, corria al acaso desbocada como el caballo de Hipólito hasta encontrar un precipicio, un espacio sin piedras, sin arbustos y sin malezas, el aire, en fin, de una profundidad en cuyo seno no encontraria mas que la muerte.

En cuanto á los bandidos, prácticos conocedores del terreno, habian logrado tomar la vereda mas á próposito y sobre la cual podian caminar á todo el correr de sus caballos.....

Apenas habia llegado á las poblaciones circunvecinas á la hacienda asaltada la noticia del desastre, así las autoridades locales como algunos vecinos acomodados, habian puesto en movimiento toda la gente de que pudieron disponer y en todas direcciones salieron partidas armadas en persecucion de los bandidos.

Otros habian ocurrido á la misma hacienda, cuyas trojes ardian ya elevando hasta las nubes una gran columna de humo negro, en que flotaban millones de chispas.

Allí estaban aun calientes los cadáveres del dueño de la hacienda, de una de sus dos hijas y de otras personas de la familia y de la servidumbre.

1020006695

Los pocos recursos con que podian contar los vecinos para apagar el incendio, hubieran sido de mas fatales consecuencias si la calma en que hemos pintado ya á la naturaleza en aquella tarde, no hubiese sido una circunstancia favorable que impidió los progresos del incendio, limitado definitivamente á las trojes.

Para uno de los espectadores de aquella escena, que es uno de nuestros personajes, aquella catástrofe traia recuerdos de muy distinto género, y de que el lector va á enterarse oyendo hablar al mismo interesado.

Serian las ocho de aquella misma noche que vamos describiendo y que tan fecunda fué para nuestra historia en escenas terribles, y en el mismo monte por donde hemos visto correr á los bandidos y á sus perseguidores, el respaldo de un gran creston presentaba una concavidad capaz de ser, en caso necesario, una cómoda habitacion ó una guarida contra la tempestad.

Aquella concavidad se llamaba entre los campesinos «la Cueva del Muerto» á consecuencia de haberse encontrado allí un esqueleto recientemente devorado por las aves de rapiña.

Dos ginetes estaban descansando en tierra y sus cabalgaduras atadas á una piedra. Solo la luz de las estrellas alumbraba aquella escena.

En voz muy baja, como si temiera ser escuchado por las peñas, uno de los dos personajes hablaba de este modo:

—En una tarde de Julio visité por primera vez la hacienda cuya casa acaba de quemarse: iba yo en compañía

de mi compadre Gomez, de mis sobrinos y de muchas personas de Santa María.

En la hacienda habia herradero; y ya sabe usted cuanto han alborotado siempre los herraderos, que tan espléndidamente sabia disponer el difunto D. Anselmo.

—¡Ah! ya me acuerdo, eran una verdadera fiesta que duraba hasta ocho dias.

—Pues bien, llegamos esa tarde: los muchachos echaron algunas manganas, otros ginetearon; y todos, cual mas cual menos, lucieron su habilidad en estos ejercicios.

En el centro del corral, ya recordará usted que se levantaba un verdadero palco para las familias, y muchas veces aquel tablado contenia ochenta ó mas personas. Allí estaban las hijas de D. Anselmo y allí conocí á Gualupita; estaba hermosísima, era la mas hermosa de las muchachas: confiésole á usted que me impresionó de una manera formal, al grado que no quise volverme esa noche á Santa María.

D. Anselmo era ostentoso y sabia gastar el dinero, y oiga usted, nos sirvió una mesa que no habia que pedir; la cena fué un verdadero banquete, algunos jóvenes dijeron versos y reinó la mayor alegría en la concurrencia.

Una música nos esperaba en la sala, y de cuadrilla en cuadrilla, el baile duró hasta las dos de la mañana: por supuesto que el mescal de pechuga y el vino de Champagne no escasearon en toda la noche, y lo que es por mí solo diré á usted que se me fueron los pies y que estuve loco por Gualupita.

Tres dias duró todavia el herradero y todos ellos fueron de gratísimas impresiones para mí, y..... bastaron esos tres dias para robustecer en mi alma la pasion mas ardiente por Gualupita.

Despues de una pausa en que aquel hombre pareció tomar aliento, continuó:

—De esto hace dos años ¡ay! y en estos dos años ¡cuantas amarguras he sufrido, cuanta desesperacion, y cuantas lágrimas de rabia han vertido mis ojos! Esa muger no ha hecho mas, con sus desdenes, que enardecer mi pasion, y mientras mas he sufrido por ella, mas y mas la he querido y mas me he empeñado en poseerla; y á ese paso sus desdenes se han redoblado y he llegado á creer que me odia; pero mas vale así, siquiera ya no me desprecia.

—Parece que se ha quejado, interrumpió el personaje que habia estado escuchando.

—Voy á ver, dijo el que habia hablado, y andando á tientas penetró en la cueva.

Diremos quienes eran, y por qué se encontraban allí aquellos hombres.

El que acababa de entrar á la cueva era D. Pepe Garcia, y el que esperaba era un vecino de los que se habian armado para perseguir á los bandidos y á quien D. Pepe Garcia tuvo necesidad de contarle la historia que acabamos de referir, á fin de hacerlo su cómplice en la aventura de aquella noche.

La persona que se habia quejado en el interior de la cueva era Gualupita, á quien hemos visto conducida en

lomos de una mula y custodiada por los bandidos que huyeron á los primeros tiros de sus perseguidores.

D. Pepe García y el vecino, extraviados por una vereda en el monte, siguieron el ruido que iba produciendo la mula que conducia á Gualupita, creyendo ir en persecucion de alguno de los bandidos, de manera que cada vez que sentian acercarse, disparaban sus pistolas, hasta que la mula cansada, herida, y encabritada en unos breñales, no pudo seguir corriendo.

—Por acá, D. Pepe! le gritó su compañero; acá, pero no es nadie, era una mula cargada lo que perseguiamos.

D. Pepe se acercó, y al examinar la carga no podia dar crédito á sus ojos; era una muger, mas bien una señorita.

—Sí, exclamaba, esta es una persona bien vestida; ¡ah! gritó, todos los cadáveres se han encontrado en la hacienda menos uno; ¿si será ella?

Y D. Pepe tocaba las heladas facciones de la jóven, procurando reconocerla; se acercó hasta bañarla con su aliento y arrojó en seguida un grito espantoso.

—¡Ella! ¡es ella! y ya está en mi poder, pero muerta!

Desde este momento D. Pepe comenzó á desatar las ligaduras que sujetaban á aquel cuerpo inerte, cuya actitud sobre el aparejo de la mula, causó en D. Pepe la mas horrible impresion.

Esto pasaba á algunos pasos de la Cueva del Muerto.

—Qué hacemos? preguntó el vecino.

Don Pepe no contestaba, entregado como lo estaba á un torrente de ideas que lo enagenaban completamente.

Su compañero le ayudaba en silencio á desatar á la jóven y á trasladarla á la cueva.

—Puede ser, dijo el vecino despues que hubieron depositado en tierra su preciosa carga; puede ser que esta jóven no esté muerta, no me ha parecido que está muy fria, y sobre todo hay cierta flexibilidad en sus miembros.

—Yo la he sentido helada, y aun vacilando lo mismo que usted he tomado su pulso..... y..... no late ya.....

—Pero el corazon? ¿no ha escuchado usted si late el corazon?

—Que si late? repitió D. Pepe sintiendo extraviarse sus ideas; ¿que si..... late?.....

Y se volvió á quedar callado, lanzando una especie de ronquido estertoroso con su respiracion.

—Don Pepe ¿se siente usted mal?

Don Pepe no contestó, estaba llorando.

El vecino, que todavía no estaba en antecedentes, empezó á comprender que allí debia existir una historia terrible, pues D. Pepe estaba profundamente conmovido, al grado de hacerse peligroso su estado.

Tanto hizo el vecino por consolar á D. Pepe y tanto insistió en que volvieran á reconocer el cadáver, que D. Pepe, mas bien por volver á verlo que porque abrigara ninguna esperanza, se inclinó sobre el pecho de la muerta, puso allí la mano y nada sintió; despues puso el oido y creyó oir un solo golpe, pero los latidos de su propio corazon le impedian cerciorarse de si aquel otro corazon por el que tanto habia sufrido, vivia aun.

—No siento nada, no puedo oir; dijo D. Pepe entregándose de nuevo á la desesperacion.

Entonces el vecino lo sustituyó, y despues de un largo rato, dijo en voz baja:

—Don Pepe?

—¿Qué hay? qué hay?

—Creo que hay algo.

—Vive? vive?

—En todo caso cálmese usted y obremos con prudencia.

—¡A ver! á ver! está usted cierto?

—Me parece .....

—Vuelva usted á escuchar, amigo mio, y vuélvanos usted la vida á los dos..... porque..... yo adoro á esta muger.

—Silencio! dijo el vecino.

Y se puso de nuevo á escuchar.

—Sí, sí hay algo, palpita aun el corazon, aunque con grandes pausas.

—¡Ah! vive! vive! exclamó D. Pepe tomando en sus pulmones la mayor cantidad de aire que podian contener; ¡vive! repetia ¡vive!..... y esta era la única palabra que se le oia pronunciar.

—Es preciso hacer algo, D. Pepe.

—Pero qué hacemos?

—Un médico tardaria un dia en llegar aquí, y es nesario no perder tiempo.

—Calor! exclamó D. Pepe, le daremos calor!

Y aquellos dos hombres improvisaron un lecho con hojas secas y con toda la ropa de que pudieron disponer, y despues encendieron algunas varas secas para proporcionarse alguna luz, y algun calor para la enferma.

El vecino creyó conveniente que D. Pepe no se diera á conocer; de manera que solo él veló junto á Gualupita, quien al cabo de algun tiempo dió mas señales de vida, aunque ni remotamente de conocimiento.

En uno de estos intervalos fué cuando D. Pepe contó á su compañero la historia de sus amores.

CAPITULO V.

SE LEVANTA EL TELON.

COMO lo habian previsto los comentadores de la conducta y poridades de D. Pepe Garcia, la noche de la primera funcion de teatro, los primeros asientos estaban ocupados por todas las personas mas allegadas á D. Pepe.

Hácia un costado del corral se habia levantado una gradería de vigas, que era una periquera en que aparecian encaramados mas de cien espectadores. Como el pueblo era á la sazon visitado por paseantes de todo género, con motivo de las fiestas, habia en el patio sus elegantes armados de anteojos de teatro; multitud de charritos de las